

En busca de lo esencial

Carlos Francisco Echeverría

Hace apenas unos ocho años, José Sancho, un economista, comenzó a exhibir esculturas. Tenía ya más de 35 años de edad, y anteriormente sólo había hecho algunos intentos, poco satisfactorios, en la pintura. Se inició tarde, pues, en la práctica de la escultura. Digo en la práctica, porque, según él mismo relata, desde hacia tiempo venía fijándose, en sus viajes por el mundo, en las diversas manifestaciones escultóricas de distintas culturas, antiguas o contemporáneas.

Sancho comenzó exhibiendo, en 1975, esculturas armadas a base de chatarra: piezas metálicas desechadas, que generalmente conservaban su forma original al organizarse en figuras, las más de las veces de animales.

Dos cosas llamaban la atención en estas piezas: el ingenio y el buen gusto con que estaban hechas. Pero el ingenio y el buen gusto no necesariamente crean arte, en el sentido total de la palabra. Mucho menos en el caso de la escultura. El escultor no sólo crea representaciones, como el pintor figurativo, sino que le agrega objetos al mundo, objetos que, por así decirlo, deben tener vida propia. La pintura crea realidades virtuales, visiones que hallan su resonancia en el campo de nuestra imaginación. "La pintura es una cosa mental", decía Leonardo De Vinci. La escultura, por el contrario, produce criaturas con las cuales convivimos, compartiendo con ellas un espacio que es nuestro espacio, real y tangible. Por lo tanto, la aceptación de una escultura como obra de arte depende de que ese objeto, esa criatura, tenga la dignidad, el poder interior suficiente como para que la aceptemos en nuestro mundo. Las esculturass en chatarra de José Sancho tenían ese poder interior. No suscitaban la simple curiosidad o complacencia del espectador —como podría hacerlo un

artículo de "boutique"— sino que suscitaban nuestra aceptación como seres de este mundo, con una esencia propia e irreductible. Es más, aquellas esculturas suscitaban, en la mayoría de los casos, nuestra adhesión, un apego que por más transitorio que fuera no dejaba de otorgarles una clara carta de identidad estética.

Fuera del hecho de estar construidas con chatarra, y del tema animal, aquellas esculturas no tenían mucho que ver entre sí, desde el punto de vista estético. No traducían una visión del mundo, una personalidad creadora libremente manifiesta. ¿Por qué estas figuras y no otras? ¿Por qué tal o cual figura hecha con éstos, y no con otros elementos? Siempre persistía la sospecha: porque esos son los elementos que el escultor halló a mano, esa era la figura que podía hacer con ellos. Cuando un artista como Pablo Picasso ensambla un sillín con una manivela de bicicleta para representar un toro, se sabe que lo hizo con toda libertad, en un momento de inspiración genial. Pero cuando un artista de quien no se conoce dibujos ni pinturas, ni otras esculturas, expone sólo piezas hechas con chatarra, por logradas y legítimas que estas sean, persiste la pregunta: ¿Qué haría este hombre si no estuviera sujeto a lo que pueda encontrar de desechos metálicos?

José Sancho tenía delante de sí un reto que muy pocos se atreverían a enfrentar a los 40 años: la talla directa. En la tradición académica, esta es una disciplina que comienza a desarrollarse con el cultivo del dibujo, y pasa por el modelaje, el estudio de las proporciones clásicas y muchas cosas más. Se supone que el dominio de la talla directa es tarea para mucho rato. José Sancho se enfrentó a ella con la convicción del que sabe que posee un potencial creador al que no puede dar cauce con mate-

riales preformados. Aunque en lo demás era un autodidacto, para este aprendizaje se acercó a Olger Villegas, que generosamente le abrió su experiencia con las piedras, las maderas, los mazos y los cinceles. José Sancho empezó a aprender, con tesón y apasionamiento. Cometió errores, entre ellos el de exhibir trabajos cuando todavía no tenía completamente dominado el oficio, no digamos definida una estética de escultor tallista. El error, en suma, de perder consciencia de sus propias limitaciones. No obstante, con el tiempo y el trabajo no sólo alcanzó un espléndido dominio de la talla (incluyendo el uso de taladros, esmeriles y otros instrumentos eléctricos) sino que, además, definió y plasmó una estética en ese campo, que recoge y enriquece su experiencia anterior con los desechos metálicos. El resultado de esos logros es lo que expone ahora en la Sala de Exhibiciones Temporales de la Plaza de la Cultura.

Su tema dominante lo siguen siendo los animales. Pero ahora es claro que hay allí una elección estética deliberada y resuelta. En su cultivo de lo animal, José Sancho no sólo se suma a una tradición escultórica costarricense, sino que además invoca el alto patrocinio del genial escultor rumano Constantin Brancusi. Al igual que Brancusi, Sancho busca, por medio de la estilización, las cualidades más nobles de esos seres animados que comparten con nosotros el mundo. Entendamos que estos animales no reflejan cualidades humanas, sino que presentan sus propias virtudes, inimitables y consustanciales. Un ocelote al acecho, en madera verde, es quizá la pieza más lograda de la exposición, y no tiene la menor retórica, la menor adjetivación. Lo mismo puede decirse de cualquier otra de las piezas, porque todas están reducidas a lo esencial: el galope casi alado de antilope, la poderosa tracción de la yunta de bueyes, la curiosidad de la ardilla y la del ma-



Arte a la medida de José Sancho

El escultor José Sancho inauguró a principios de abril una exposición de esculturas en la galería de la Plaza de la Cultura. Incluía en ella una muestra de los trabajos de los últimos años. Carlos Francisco Echeverría, crítico de artes plásticas, resalta la evolución del artista bajo la influencia de Brancusi, mientras que el escultor Carlo-magno Venegas ubica a Sancho dentro de las tendencias actuales de la escultura costarricense, le asigna un lugar destacado y vaticina nuevos caminos de experimentación.



En busca de lo esencial

Viene de la pág. 1era

pache. (Sólo hay una escultura de tipo alusivo, Vuelo, que no representa a un ave, sino a todas las aves). Uno sí puede agregarle calificativos a lo que ve. Pero lo que está ante los ojos es un ocelote esencial, un mapache esencial, un oso hormiguero esencial... Sin duda, Constantin Brancusi, cuyos pasos no han seguido los escultores de esta mitad del siglo, se hubiera sentido muy satisfecho de ver esta exposición, y con buenas razones. Por otra parte, si bien es cierto que la exposición no tiene un "mensaje", es claro que contiene, al menos en las figuras de animales, dos homenajes: uno a Brancusi, y, por encima de él, otro al Gran Inventor. cualquier otra de las piezas, porque todas están reducidas a lo esencial: el galope casi alado del antílope, la poderosa tracción de la yunta de bueyes, la curiosidad de la ardilla y la del mapache. (Sólo hay una escultura de tipo alusivo, Vuelo, que no representa a un ave, sino a todas las aves). Uno sí puede agregarle calificativos a lo que ve. Pero lo que está ante los ojos es un

ocelote esencial, un mapache esencial, un oso hormiguero esencial... Sin duda, Constantin Brancusi, cuyos pasos no han seguido los escultores de esta mitad del siglo, se hubiera sentido muy satisfecho de ver esta exposición, y con buenas razones. Por otra parte, si bien es cierto que la exposición no tiene un "mensaje", es claro que contiene, al menos en las figuras de animales, dos homenajes: uno a Brancusi, y, por encima de él, otro al Gran Inventor.

El otro elemento de la exposición está constituido por figuras de mujeres. Toda una serie de torsos femeninos revela, nuevamente, la exquisitez de Sancho en el manejo de líneas simples, su gran sutileza en la definición de curvas y contornos. Sancho aprovecha sabiamente la belleza del cocobolo, madera rojiza y fuertemente vetada en negro, que traduce en forma admirable la cálida sensación de lo erótico.

Trabajando con líneas extendidas y delicadas curvas, Sancho logra sublimar la figura del cuerpo femenino, sin que esta pierda, sin embargo, su intensa sensualidad. Esta experiencia se repite en varias figuras de una gran coherencia estilística, dando la impresión de ser una veta inagotable.

En cambio, Sancho falla dramáticamente en las figuras con rostro. No sabemos si por falta de dominio técnico o por elección estética, Sancho esquematiza los rostros al grado de que parecen máscaras futuristas, como las de los seres extraterrestres que nos presenta el cine-ficción. Esos

rostros angulosos duros e inexpresivos, como de insectos, contrastan inarmónicamente con las formas curvas de los cuerpos. La sublimidad de las formas orgánicas es aniquilada por un esquematismo puro y simple, sin méritos propios. El resultado son obras que no agregan nada a nuestra experiencia del mundo y de la vida, como sí lo hacen las demás esculturas (por fortuna la gran mayoría) de esta exposición.

En suma, con esta exhibición José Sancho demuestra haber escogido, con sensibilidad e inteligencia, su camino como escultor. Su amplia cultura artística, su decisión, su valentía al enfrentarse a tareas nuevas, lo confirma como un artista de grandes dotes.

A los costarricenses, Sancho tiene mucho que mostrarnos sobre nuestros animales, nuestras maderas, la belleza de las mujeres del trópico, y quién sabe cuántas cosas más.

Al mundo, desde este modesto rincón del globo, José Sancho parece decirle: el legado estético de Brancusi no se ha extinguido. Todavía algunos seguimos buscando lo esencial, manifestando, en el amor a los seres, el amor por la vida.